

Lágrimas



Fernán Caballero

Lágrimas

Novela de costumbres contemporáneas

Fernán Caballero

Prólogo

¿Conque he de escribir un prólogo para Lágrimas?

-Lo que se ofrece se debe.

Es verdad; pero no me siento con fuerzas para hablar de Lágrimas.

-¿No le agrada a Vd. mi novela?

La creo una joya de filigrana y oro, un estudio acabado del corazón, un cuadro admirable de la vida social; lo más bello, lo más perfecto, lo más delicado que ha salido de la pluma de usted.

-Muchas gracias.

¡Qué coincidencia! La colección empieza con La gaviota, y nos presenta la mujer grosera, abandonada a sus instintos, no corregidos por la religión, ni modificados por la sociedad, ni suavizados por la buena educación, y concluye con Lágrimas tipo de la mujer modesta y humilde, nacida para sentir y para llorar... Villamar es el pueblecito que conocen los lectores en el primer tomo, y vuelven a Villamar en el último encontrando aun a muchos de los antiguos amigos que recuerdan al instante, y a quienes saludan con placer.

-Falta el bueno de Stein.

Es cierto; pero allí nos lleva Vd. a la pobre Lágrimas, esa hija de los trópicos, esa violeta que exhala siempre su perfume aunque la pise la más grosera planta. ¿Quién no ha encontrado a su paso por el mundo a esos sujetos que Vd. nos pinta al daguerrotipo? ¿Quién no ha visto al grosero ricachón D. Roque la Piedra, y al avaro quejumbroso D. Jeremías? El buen sentido habla por boca de la Alcaldesa, a D. Perfecto Cívico lo encontramos en cada lugarón, y su hijo ¡ojalá fuese un ente ideal y no abundase tanto en nuestro país!... Lo que sí va escaseando es la finura, la cortesía, el buen tono de la Marquesa de Alocaz y de sus amables tertulianos.

-De modo que Vd. va a escribir el prólogo...

Yo haría mejor un juicio crítico en que demostrase la índole, el carácter, el mérito de sus escritos; en que hiciese ver el raro acierto con que Vd. describe, con que Vd. narra, con que

Vd. presenta las personas y las cosas; el fin moral, la sensibilidad, la ternura de su corazón; y sobre todo el gran servicio que está Vd. prestando a la actual sociedad descreída pintando con tan vivos colores los portentos de la fe, las maravillas de la virtud... Pero un prólogo...

-Los han hecho otros buenos amigos...

Los buenos amigos de Vd. se complacen, o mejor dicho, nos complacemos en el buen éxito de sus obras y aplaudimos sus triunfos literarios. ¿Pero necesitaron de estos prólogos para hacerse tan populares en España? ¿Para haber sido traducidas en Francia? Y por cierto que son muy raras las obras que alcanzan este honor, más apreciable puesto que las novelas de Vd., sus cuadros de costumbres tienen un tinte local que se perderá necesariamente en otros países. Yo comprendo las obras de Vd. de otro modo. ¿Quiere Vd. pasar por literato!...

- Dios me libre: no señor. ¡Yo literato! «No soy la rosa; pero, como dice Bulwer, estuve a su lado y me impregné de su olor. No soy erudito, soy solamente culto. En cuanto escribo no hay arte, ni saber, ni estudio, es instintivo: tal vez expreso, como Vd. habrá notado, un pensamiento de culta esfera sin cuidar del lenguaje. Proкуро, sí, poetizar la verdad, ennoblecer nuestra pobre naturaleza. Los prólogos son ofrenda de la amistad, engarce de brillantes que rodea un mal retrato»: los agradezco de todo corazón.

Lo creo así, y además son muy bellos. Pero un autor se debe al público, y este no quiere leer lo que nosotros escribimos; quiere leer lo que Vd. escribe. Las novelas de Vd...

Perdone Vd.: yo las llamo novelas, cuadros, relaciones; «pero no me he propuesto escribir novelas. He tratado de dar una idea verdadera, exacta, genuina, de España y de su sociedad; describir la vida interior de nuestro pueblo, sus creencias, sus sentimientos, sus dichos agudos. La parte que podría llamarse novela solo sirve de marco a este vasto cuadro que me he propuesto bosquejar.»

Y que dibuja Vd. a grandes rasgos, con una verdad, con una profundidad de miras, con una intención filosófica.

-«Mr. de Lavigné, el traductor francés de mis cuadros populares me escribió: no traduzco vuestras novelas por la invención, sino por la intención... Mi intención supera mucho a la de hacer novelas... Es la rehabilitación de cuanto con grosera y atrevida planta ha hollado el nunca bien ponderado siglo XIX. Rehabilitación de lo santo, de lo religioso, de las prácticas religiosas y su alto y tierno significado; de las costumbres españolas puras y rancias; del carácter y modo de sentir nacional, de los lazos de la sociedad y de la familia, del freno en todo, y sobre todo en esas ridículas pasiones que se afectan sin sentirse (porque afortunadamente una gran pasión es rara); las virtudes modestas como la de Lágrimas preferibles a las que se pavonean y se ostentan.»

Pero Vd., Fernán, pinta en beau, busca Vd. lo bueno, nos presenta Vd. la sociedad tal vez mejor que es... y nunca un dicho satírico, nada que hiera y se destaque de la dulce armonía del cuadro.

-«Estoy persuadido que todas las más hermosas sátiras, género tan universal y en que han sobresalido tanto ingenios superiores, no han servido de nada; ni han hecho germinar ningún buen sentimiento, y sí solo el malhadado desprecio del hombre hacia el hombre. Muy al

contrario las referencias de lo bueno y de lo noble despiertan en nosotros sentimientos análogos, los ponen en circulación, los inoculan....»

Por eso las novelas de Vd. son dechados de moral, en tiempo en que otros novelistas se encargan de la destrucción de la sociedad degradando la familia. Por eso mereció Vd. que la autoridad eclesiástica aprobase sus escritos como escuela práctica de virtud, y que más bien que buenos libros deben ser considerados como buenas acciones.

-Vd. me alaba demasiado.

No, Fernán: nadie ha pintado con tanto acierto la vida íntima, las escenas del hogar doméstico, las costumbres populares. Nadie ha comprendido tan bien como Vd. el mérito de acciones que pasan desapercibidas, la razón de ciertas prácticas, la filosofía de ciertos dichos vulgares. Cuando nos pinta Vd. una escena terrible, ¡qué más terrible que sus descripciones!... La paz doméstica, la felicidad conyugal tienen en su pluma un intérprete digno. ¡Y cómo describe Vd. la dulzura, el candor de los niños, sus juegos y sus gracias infantiles! En medio de estas escenas viene a sorprendernos un pensamiento de alta esfera, lleno de filosofía de profunda moral y del puro espíritu del Evangelio. Y ese pensamiento es tan natural y se deduce tan lógicamente, y estaba tan cerca de nosotros, y nosotros ¡ciegos!, no lo veíamos... Pero Vd. lo descubrió con su vista de águila y del caos brotó la luz y de la piedra árida saltó un raudal...

-Como se conoce que es Vd. mi amigo. ¿Y era Vd. el que no quería escribir un prólogo? ¿Qué más prólogo que este?

Pues bien... imprímalo Vd.

ANTONIO CAVANILLES.

Capítulo I

OCTUBRE, 1837.

Hélas, sur mon froid monument,
l'eau du ciel tomb tristement,
mais de vos yeux pas une larme.

CASIMIRO DE LAVIGNE.

Su alma era como el cristal, la empañaba un soplo, la traspasaba un rayo de sol, un choque la hubiese quebrado: almas de ángeles que tienen su mayor mérito en ignorar lo que valen; que no lloran sobre él, sino sobre el dolor, que es herencia común.

EL AUTOR.

«¡Dios! ¡Ten piedad de nosotros!». Tal era el grito que con débil y exhausta voz repetía una infeliz mujer, que yacía moribunda en el ahogado camarote de una fragata, que en el golfo de las Yeguas corría una horrorosa tempestad.

Era de ver cuál el barco, que en el océano parecía lo que un grano de arena en los desiertos de África, era el juguete, de las olas. Ya empujaban su costado y lo doblaban a punto que parecía que rendido en la lucha, caía de una vez para no volver a levantarse; ya le abrían un abismo en que se hundía precipitado por su propio peso; ya pasaban por cima de él olas espumosas, como una garra con blancas uñas que alargase la mar para asir su presa: ya reventaban azotando sus costados, pareciendo decirle en sus bramidos; ¿no eres peña, y resistes? El barco luchaba cediendo, pero sin desmayar, imagen de la perseverancia que padece sin desalentarse... y camina!

Habíanse recogido todas las velas, y los masteleros con sus vergas, y las innumerables cuerdas que de ellos pendían, se alzaban como mujeres, que con el cabello suelto y los brazos abiertos, pidiesen al cielo misericordia. Pasaban y repasaban por éste negras nubes, frunciendo el ceño, respondiendo con truenos al mar, que rugiendo se empinaba como para desafiarlas o arrebatarse al cielo sus estrellas. Sobre cubierta se notaba un asombroso fenómeno: el horizonte, que es en el mar la senda, la esperanza, la libertad... había desaparecido. El barco estaba preso entre sombrías murallas de agua de una altura espantosa, que unas a otras se lo arrojaban como un volante.

-¡Dios tenga misericordia de nosotros! -repetía la infeliz- y nadie respondía a esa tenue y angustiada voz. Nadie respondía porque en aquel estrecho camarote solo se hallaba una negra, que con el miedo y las ansias del mareo, se había dejado caer en el suelo, en el que yacía

como una masa inerte, y una niña de seis años que dormía acostada a los pies de la cama de su madre.

-¡Jesús! -decía la infeliz- ¡morir así! Sin un sacerdote que auxilie y anime mi espíritu, que traiga a la muerte como una libertadora amiga bajo sus auspicios... sin un médico que alivie en algo mis padecimientos. ¡Oh! El reo a quien ajustician es más feliz que yo! Hácenle dulces sus últimos pasos a la muerte; arrulla su último sueño una inmensa simpatía! ¡Dios mío! ¡Sola... sola! Ni una mirada de compasión, ni un adiós! ¡Y esta hija mía que va a perecer al lado del cadáver de su madre, en este seguro naufragio! ¡Duerme, ángel mío, duerme!... Tú que no sabes aun lo que es el peligro, la angustia, la orfandad, la agonía, la muerte, ninguno de los horrores de la vida! ¡Madre mía de las Lágrimas, cuyo nombre lleva, salvadla de este naufragio... amparadla en su orfandad!

Espantosa se dejó oír en este momento la voz del trueno; una fuerte sacudida que recibió el barco, hizo crujir sus entrañas, como si hiciese un jadeante esfuerzo para no sucumbir. Silbó la ráfaga entre las cuerdas y jarcias, cual si cada una de estas fuese una serpiente.

-Roque, Roque, -gimió la infeliz-, ¡que me muero!

Entró entonces en el camarote un hombre alto, seco, de estructura huesosa; tenía la fisonomía vulgar, el sello ordinario e inequívoco que parece la naturaleza crear a propósito para el hombre soez enriquecido. En su cara descarnada eran salientes y angulosas sus quijadas, y su frente, que sombreaba a la par de unas cejas espesas, unos ojos redondos y pardos, desviados como dos enemigos. Su boca grande apretaba entre sus labios delgados, por un constante hábito, un puro, cuyo continuado uso había tostado los bordes de unos dientes cortos y anchos. Su tez era de ese moreno subido, sucio y bilioso que imprime el sol de los trópicos con los males físicos que origina a los europeos, y que inculca la fiebre del oro con el ansia y desasosiego que trae consigo.

-¿Qué quieres, mujer? -dijo al entrar-, ¿crees que con este temporal nadie pueda atender a nada? ¡Calla, con mil de a caballo! Si quieres algo ¿por qué no llamas a este animal! -Añadió dando un puntapié a la negra, que no se movió.

-¡Es que me estoy muriendo, Roque!

-No serás la sola; que creo vamos a perecer todos, por vida del... ¡maldito sea!...

-¡Calla, calla, Roque! No eches maldiciones a dos pasos de la muerte: pero oye mis últimas palabras. Roque, siempre fuiste áspero y duro para conmigo, me sacaste de mi país y me embarcaste contra mi voluntad, y tan enferma ya, que los médicos te anunciaron que no resistiría la travesía: ¡todo te lo perdono, Roque!... ¡Si me prometes amar, cuidar y hacer la vida dulce a mi pobre niña, a tu hija, si Dios os salva!

-¡Droga con la tonta esta! -repuso D. Roque-, ¡y los momentos que busca para echarme un sermón sin paño, y recomendarme a mi propia hija!

-¡Es que son los últimos de que puedo disponer, Roque, pues me estoy muriendo!

-¡Sí, como siempre! Pero si tú puedes disponer de ellos, yo no, que el capitán me está llamando, porque todos tenemos que dar a la bomba.

Diciendo esto subió D. Roque dando trancadas por la escalera.

Su infeliz mujer le oyó alejarse; vio a la negra que seguía inerte; miró a su hija que seguía durmiendo; que la inocencia, cual la santidad de un Dios hombre, duerme tranquila entre las borrascas. Quiso la moribunda solevantarse para exhalar su alma en un beso y una bendición sobre la cabeza de su hija, pero no pudo, y el pequeño movimiento que hizo le produjo un vahído con grandes congojas, en que con redoblada fuerza sonaban en sus oídos los horribles mugidos de la mar y los agudos bramidos del viento.

-¡Madre mía de las Lágrimas! -murmuró en un momento de despejó que siguió e hizo intervalo en su agonía-: ¡Madre mía, todo mi consuelo y refugio! Tú serás la mediadora de tu devota para con el Todopoderoso, que por ti se unió a nosotros. A Dios rogamos, y en tus manos clementes ponemos las oraciones. ¡Señor, salvad a mi hija y tened piedad de mí! Todo cuanto he sufrido, lo perdono; y ofrezco cuanto perdono y cuanto padezco... por la salvación de mi hija y la de mi alma!

De allí a un momento se sintió tal balance, que la niña despertó, y oyó entre sueños a su madre que murmuraba:

Abrázome con los clavos

y me reclino en la Cruz,
para que siempre me ampare,
dulce REDENTOR JESÚS.

La niña, a quien desde que supo articular sonidos, su madre había enseñado esa santa oración, repitió entre sueños:

Para que siempre me ampare,

Dulce REDENTOR JESÚS.

Y ambas se durmieron; pero la una... ¡para no volver a despertar!

A ambas amparó Jesús según se lo había pedido, pues algunas horas después la tempestad había calmado un poco. Bajaron el capitán y pasajeros a la cámara, para tomar algún alimento, pues había veinte y cuatro horas que nadie había pensado en alimentarse. Encendieron y llevaron luces a los camarotes. En el que ocupaba la señora, hallaron a la negra que seguía inerte, a la niña que seguía dormida; y más inerte que aquella y más dormida que ésta, a la señora, que era un cadáver frío ya, como cuanto la rodeaba.

-¡Dios nos asista! -gritó el camarero al entrar con el farol-, ¡la señora ha muerto!

-¿Que ha muerto? -exclamó el capitán arrojándose al camarote, palideciendo aquel rostro de valiente marino que el huracán dejaba impassible, que el peligro no alteraba, ante aquel suave, silencioso y abandonado cadáver.

-Más ha muerto de miedo y de aprensión que otra cosa, -dijo D. Roque que había seguido al capitán-. ¡Viajar con mujeres!... A esto se expone uno. Poco me ha hecho pasar en gracia de Dios en la travesía con sus melindres y sus quejumbres: y ahora corona la obra. ¡Si se le metió en la cabeza que no había de pisar la tierra de España!

Esta fue la oración fúnebre que hizo a la pobre mártir, aquel que al fuego lento de durezas y despotismo, la mató; porque ese hombre al casarse con ella, suave criolla habanera, dulce, flexible y criada con mimo, como las cañas de su ingenio, la miró y contó solo como un gravamen o censo anejo a los cien mil duros que la dio en dote su padre, un rico mercader de la Habana.

Al oír el ruido que hicieron los que entraron, la niña se había despertado, y se sentó sobre la cama; la negra se había puesto en pie y ambas fijaban sus ojos en el pálido cadáver, la una con el asombro de la estupidez, la otra con el espanto de la falta de comprensión. De repente la negra se puso a gemir y a gritar:

-¡Mi ama! ¡Ay mi ama, mi ama!

-Calla, bestia, -le dijo D. Roque-, ¿no hay estruendo bastante con el de la tempestad? Si te vuelvo a oír, a fe de Roque que te haga callar. Capitán, añadió, ya esto no tiene remedio, ni aquí hay nada que hacer; bajemos el entrepuente para ver si se han mojado mis cajones de cigarros. ¡Quinientos cajones! Que representan un capital de quinientos mil reales. ¡Droga! ¡Si se han averiado, hice un viaje a China!

Colgó el camarero el farol en el techo del camarote, y todos salieron, menos la negra y la niña que se sentaron sobre una cama frente a aquella en que yacía el cadáver. La negra, después de llorar con muchas lágrimas, como lloran los niños, y como se lloran las primeras penas de la vida, se quedó dormida como aquellos. Pero la niña derecha e inmóvil con sus grandes ojos negros desmesuradamente abiertos, los fijaba sin pestañear en el cadáver de su madre, el que por efecto de las vueltas que daba el farol, movido por los balances del barco, tan pronto aparecía plenamente alumbrado, y como salir de las sombras e ir al encuentro de su hija; tan pronto ocultarse en ellas, como en lo pasado, como en el olvido, como en el misterio. -¡Madre!, ¡madre! -decía de cuando en cuando la niña con queda y temerosa voz... y su madre no respondía-. No me responde, -pensaba la niña-, ¡¡¡y no duerme!!!

Esto pensaba porque el cadáver, mecido por los violentos balances del barco, tan pronto se volvía hacia su hija como para mirarla con sus apagados ojos que nadie había cerrado, tan pronto iba a pegar violentamente contra las tablas del opuesto lado. Era este un horrible cuadro de muerte y abandono en una lúgubre noche de tempestad, en que era juguete de las olas el cadáver de aquella desgraciada, a quien su triste destino negaba hasta el tranquilo y santo rincón de tierra en el que descansan los muertos, que consagran las oraciones y custodian el respeto y los recuerdos.

La niña no se daba cuenta de lo que pasaba; no sabía b que era muerte, ni lo que era peligro; y no obstante un instintivo horror le hacía asombrarse de cuanto la rodeaba y estremecerse de los gemidos del viento, de los bufidos del mar, y del hosco silencio que guardaba su madre. Así, sin ideas para definir, ni voces para expresar lo que por ella pasaba, como suele suceder a los niños a quienes Dios dio en compensación madres que los adivinan, la pobre niña fue absorbiendo en su alma una sensación de horror y de angustia que habían de

impregnarla para siempre en su tinte lúgubre y de su impresión tétrica: Sonaban en su alma como vagos y confusos recuerdos, las palabras que había oído a su madre cuando se había embarcado

Había dicho la infeliz al acostarse en aquel lecho:

-¡Sí, sí! Éste será mi féretro: ¡aquí yaceré triste y abandonada, sin un cirio que dé decoro al cadáver y sufragio al alma! ¡A Dios, pues, para siempre, mi suave país, verde y rico como la esperanza! Te dejo por la exhausta y caduca Europa, caída en infancia, cubierta de ruinas y llena de recuerdos, que son las ruinas del corazón. ¡A Dios mis árboles altos y frondosos, que no taló aun la mano de los hombres! ¡A Dios mis puros ríos, cuyos cristales no enturbian ni esclavizan aun las construcciones de la invadiente industria! ¡A Dios mis espesos manglos, que crecéis fuertes y serenos en la amargura de las aguas del mar!... No he podido imitaros... y sucumbo en la amargura en que vejeta mi existencia.

Esto recordaba la niña como si oyese a lo lejos los sonidos apagados de un solemne réquiem, que melancólicamente decía algo grave y triste que ella no comprendía. Pero al día siguiente liaron y cosieron a su madre en una sábana, ataron a sus pies una bala de cañón... ¡y su madre no despertaba!... Y la subieron a cubierta, y la callada niña siguió a su madre sin que nadie pensase en impedirlo, y entonces, delante de la callada niña, su madre fue... echada al mar. Pero en ese instante la angustia y el horror que presagiaban y no comprendían, comprendieron.

La niña dio un grito desesperado, y se abalanzó a tirarse al mar tras de su madre.

El capitán tuvo la suerte de poder asirla por el vestido, y la bajó a la cámara, presa de una espantosa alferecía.

-¡Estamos bien, -dijo D. Roque-, se acaba con la una, y se empieza con la otra!

La niña seguía muy enferma cuando llegaron Cádiz, donde pensaba fijarse su padre D. Roque la Piedra. Los facultativos consultados declararon que siendo el temperamento de Cádiz notoriamente conocido como nocivo a afecciones de pecho, se debía alejar de allí a la niña, que con una constitución débil, un sistema nervioso fuertemente atacado, y un principio de asma, estaba en el mayor peligro de volverse ética.

Parecía natural que con este motivo, D. Roque, dueño y árbitro de sus acciones, hubiese pensado en otro punto para establecerse.

Pero no fue así. Cádiz convenía a sus miras de especulación, y por tanto se contentó con escribir a otro americano (voz genérica aplicada en Andalucía a los que vienen de allá cuando no son hijos de la provincia) establecido en Sevilla, que era compadre y compinche suyo, para que viniese a Cádiz y se llevase a su hija a Sevilla, en donde entraría en un convento para ser allí criada bajo el cuidado e inmediata inspección del dicho su compadre y compinche.

Capítulo II

NOVIEMBRE, 1837.

Preciso es, aunque no agradable, hacer una pequeña biografía de los compadres que van a salir a luz en esta historia, porque es necesario tener algunos antecedentes de las gentes con las que se va a entrar en contacto. Tanto más necesario es esto, cuanto que es probable que al presentarse a la vista del lector un viejecito pobre, triste y llorón, con todas las señales de la miseria, claras y patentes en su exigua persona, quisiera darle una limosna, que no dejaría de tomar; lo que sería un pecado mortal.

Era D. Jeremías Tembleque, el compadre que aguardaba D. Roque, primitivamente un basurero. Hallose un día en el elemento que manejaba un bolsillo lleno de oro. Un momento después le alcanzó la criada que había vertido el inmundo canasto en que iba el bolsillo; llorando y fuera de sí, le preguntó si había hallado un bolsillo que echaba de menos su amo. El honrado Jeremías afirmó con la mayor buena fe que no lo había visto, y con la complacencia y bondad de una buena alma, registró escrupulosamente todo el oloroso contenido del carro. Por la tarde salía despedida e infamada de la casa la infeliz criada, y a la mañana siguiente caminaba el buen Jeremías hacia Gibraltar donde tanto lloró y gimió miserias, que un capitán de buque mercante se lo llevó de balde a la Habana, pasando así del refugium peccatorum Gibraltar al consolatrix affictorum Habana sin cambiar una sola de sus monedas de oro. Allí puso un tendajo de bebida, en el que además de ésta se hallaban naipes sucios y tabaco húmedo.

En este santuario se formaron los primeros lazos de estrecha amistad entre el dueño del establecimiento y un gastador de un regimiento, jugador y pendenciero llamado Roque la Piedra. De esto había veinticinco años. Tenía, entonces Roque veinticuatro años y Jeremías treinta y cinco. Desde aquella época había sido el primero a los ojos del segundo, el guapo hermosete y jaquetón gastador en el que todo admiraba Jeremías menos el nombre D. Roque por su lado siempre miró en Jeremías el miserable y servil tabernero.

Andando el tiempo, habían hecho ambos fortuna, cada uno a su manera; el uno a toque de tambor, venciendo obstáculos a empujones; empezando por baratero, acabando por obligar a un medio paisano suyo, rico mercader, a que le diese su hija en matrimonio y se asociase a su negocio. El otro sin salir de su aire doliente, labró su suerte suplicando y gimiendo a una rica mulata, que por su lado tenía empresas tan honoríficas como las suyas, que le admitiese como humilde consorte. Se casaron, y nunca se vio un casamiento más feliz. La mulata reventaba de orgullo de ser la mujer de un blanco de purísima sangre española; el consorte, por su lado, no cabía de gozo en su apergaminado pellejo; por causa que su mulata que era generosa, garbosa, despilfarrada, dejaba rodar las onzas que ganaba, las que caían en las garras de su marido, apenas les echaba sus tristes ojos encima. De ahí pasaban a encierro hermético y secuestro perpetuo.

La mulata murió con el mismo ¿qué se me da a mí? en que había vivido. Jeremías oscureció aun más su triste figura; le hizo un buen entierro a su morena mitad, esa querida ave doméstica que ponía huevos de oro; conservó en un medallón de plata una de sus pasas, vendió cuanto tenía, cargó con todo el dinero y se vino a España, dejando abandonados unos niños que tenía su mujer antes de haberse casado con él.

Estos dos entes malignos y despreciables a quienes nadie decente en la Habana miraba siquiera a la cara, fueron recibidos en Europa como bellos y apreciables sujetos, mediante a que traían dinero.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

